

“Lo descubrí mirándome de nuevo”. La sociedad hipervigilada en *Moronga* de Horacio Castellanos Moya

CLAUDIA PANAMEÑO

UNIVERSITÉ DE LILLE, UNIVERSITÉ BRETAGNE SUD
claudia.panameno-maravilla@univ-ubs.fr

“y el Presidente de los Estados Unidos es más Presidente de mi país que el Presidente de mi país”
Roque Dalton, «OEA», *Taberna y otros lugares* (1969)

1. «La guerra fue una farsa. Mataron a 75.000 personas entre los dos bandos. Fue una farsa como lo son los Acuerdos de Paz.» Esto decía Nayib Bukele, Presidente de El Salvador, en un discurso pronunciado en diciembre de 2020 con motivo de la conmemoración de los acuerdos de paz que se firmaron el 16 de enero de 1993 y que pusieron fin a doce años de guerra civil en el país centroamericano. Sin embargo, mientras el presidente salvadoreño intenta borrar esta huella del pasado, y con ella los logros de sus oponentes políticos, para imponer su propia narrativa y legitimar la remilitarización del Estado, los autores salvadoreños siguen volviendo a este periodo de guerra en sus obras de ficción.
2. Como si de conjurar el olvido se tratase, en la última década, Claudia Hernández, Alejandro Córdoba, Horacio Castellanos Moya y otros tantos escritores han seguido imprimiendo recuerdos de aquellos trágicos doce años en la memoria de los personajes de sus obras, mezclándolos con las experiencias de posguerra como emigrantes, principalmente en Estados Unidos.
3. Entre 1980 y 1992, la guerra en El Salvador causó la muerte de 75.000 personas y la desaparición de otras 8.000. Entre ellas se encuentra el asesinato de Roque Dalton, autor del poema «El gran despecho», que citamos en el epígrafe de este artículo y cuyo cadáver sigue en paradero desconocido 47 años después del crimen. Una investigación sobre este poeta será elemento

importante de la trama en *Morongá*, duodécima novela de Horacio Castellanos Moya, publicada en 2018 por Random House, en español, y por Métailié en su versión en francés.

4. *Morongá* forma parte de la saga de los Aragón, siete novelas hasta la fecha que siguen las historias de los miembros de una misma familia a lo largo de varios años, antes, durante y después de la guerra en El Salvador. Contada en tres partes, tiene un marcado carácter polifónico, ya que basa su realismo en la confrontación dialéctica entre distintas visiones del mundo, a partir de los tres narradores de cada parte.
5. En la primera parte, nos encontramos con José Zeledón, un salvadoreño antisocial, atormentado por su pasado de guerrillero. La historia de esta primera parte comienza *in medias res*, con José Zeledón instalándose en la ficticia Merlow City con la ayuda de un antiguo camarada guerrillero que ya se encuentra allí. José Zeledón intenta pasar desapercibido y llevar una vida tranquila, hasta que descubre que hay otro salvadoreño en la ciudad, el experiodista Erasmo Aragón, profesor del Merlow College, que investiga la muerte del poeta revolucionario Roque Dalton. Tras perder su trabajo como conductor de autobús, Zeledón decide acompañar a un viejo amigo, El Viejo, mientras éste realiza un trabajo en Chicago para una mafia mexicana. Engañado por El Viejo, José Zeledón cree que se trata de un negocio de armas, hasta que descubre que en realidad es un asesinato. La primera parte termina con nuestro personaje, sentado en un McDonald's, discutiendo con su amigo si debe o no continuar con la operación.
6. En la segunda parte, nos enfrentamos al monólogo interior del profesor Erasmo Aragón. Él también participó en la guerra civil salvadoreña, pero de otra manera y en otro lugar, puesto que era periodista. También huyó de su país y llegó a México, donde vivió un tiempo; luego se fue a Alemania y ahora es profesor en el Merlow College.
7. Aragón es un hombre egocéntrico, su soliloquio interior salta del pasado al presente y está lleno de reflexiones e hipótesis sobre su entorno. Nos cuenta todo lo ocurrido durante su visita a Washington, donde continuará su investigación sobre el asesinato de Roque Dalton. El poeta, acusado de ser agente de contraespionaje de la CIA y, por tanto, de querer crear divisiones en el seno de la organización a la que pertenecía, fue asesinado por sus camaradas.

8. Así termina esta parte de la novela, a la que sigue un informe preliminar sobre la investigación de la muerte de un agente especial en un tiroteo. En esta tercera parte podemos enlazar los acontecimientos que tuvieron lugar en las dos primeras.
9. En *Morongá*, el monitoreo omnipresente y la hipervigilancia a la que se encuentran sometidos los personajes se revelan, para aquellos que se han expatriado huyendo de la brutalidad de su lugar de origen, como una nueva forma de violencia perpetrada en el país de exilio. La paranoia de los protagonistas, que en un primer momento aparece como rasgo de personalidad engendrado por el miedo y las experiencias de guerra y pandillas vividas en el pasado, se verá exacerbada por la presencia efectiva de un constante monitoreo, individual e institucional. A través de la correspondencia de los referentes espacio-temporales entre realidad y ficción, la novela sumerge al lector, cuanto menos, en una reflexión sobre su propio entorno en la llamada sociedad de la información.

1. «No sé si por proceder del país del que procedo o si es algo constitutivo a mi persona¹»

10. La de Castellanos Moya es, primeramente, una novela sobre la vigilancia: la de los servicios de inteligencia en la época de la guerra fría, pero también la vigilancia propia de una sociedad contemporánea como la estadounidense, referente real del cronotopo de la novela. Y decimos, primeramente, no sólo desde un punto de vista de la importancia que esta temática adquiere en la historia contada, sino también en atención a las primeras líneas que leemos en su comienzo: «Lo descubrí rondándome de nuevo. El día anterior había sido cerca de las cajas registradoras en el Walmart; ahora, en el centro del pueblo, a la salida de una taquería. El rostro se me hacía familiar, de la época de la guerra, pero no lograba ubicarlo» (Castellanos Moya, 2018; 13). Estos pensamientos de José Zeledón, el primero de los narradores protagonistas de la novela, recién llegado a su nuevo destino, no distan de los de Erasmo Aragón, al principio de la segunda parte, en su monólogo interior:

Caminé por los pasillos y bajé a la zona de equipajes, pues, con cierta emocioncilla, que era mi primera vez en la capital del imperio, y también con cierto recelo, pues aunque yo procedía del aeropuerto de Chicago y era profesor en el

1 Castellanos Moya, 2018; 179.

minúsculo Merlow College, al sur de Wisconsin, con mis documentos migratorios en regla, es de conocimiento público que a cada extranjero que arriba a esta metrópoli se le somete a un intenso escrutinio a fin de detectar si no trae velados propósitos de hacerla volar por los aires, sueño de muchos, y no fuera a ser que en una de éstas, hurgando en mi pasado, los fisgones profesionales descubrieran un dato que les atrajera (137).

11. Pese a que, en el primer caso, se trata de la impresión de ser vigilado por alguien inmediatamente ligado a la época de la guerra —es decir, al territorio centroamericano—, en el segundo, el personaje se sabe parte de un sector de la sociedad que según las autoridades de su país de exilio —Estados Unidos— debe ser considerado sospechoso, atribuyéndolo directamente a su condición de extranjero. De esta manera, al exponerlo desde el principio de la narración en cada una de las dos primeras partes de la novela, se establece una relación entre lo vivido en el país natal y en el de destino.
12. Así, en un primer momento, la ansiedad y el continuo estado de alerta en que viven los protagonistas es en ellos un rasgo de carácter que tiene que ver, en origen, con su lugar de procedencia.
13. Por un lado, Aragón, el narrador autodiegético de la segunda parte, nunca se descuidaría de cerrar bien la puerta a pesar de vivir en un lugar seguro —«a mi edad la sospecha ya se había hecho coágulo en la sangre y era imposible deshacerme de ella» (139)— y relaciona su sentimiento de ser escrutado a su lugar de nacimiento —«No sé si por proceder del país del que procedo o si es algo constitutivo a mi persona, pero a menudo padezco el miedo de sentirme como un impostor o como un infiltrado, [...]» (179)—.
14. Por el otro, Zeledón guarda con celo su vida privada argumentando la violencia existente en El Salvador. Algunas veces, ese vínculo se expresa de forma precisa, como sigue:

La siguiente vez que bajé con Nikki me dijo que yo era muy extraño, que nunca hablaba de mi vida, que eso llamaba su atención, como si yo tuviese algo que esconder; ni siquiera tenía cuenta de *Facebook* y *Twitter*. Le dije que en mi país no era prudente andar hablando de uno mismo, se arriesgaba la vida, no se podía confiar en nadie, cualquier información podía ser utilizada para el robo, el chantaje, el secuestro. Y yo era viejo como para cambiar de hábitos y adoptar el estilo de moda en el que todo se cuenta (85).

15. Ese peligro generalmente aceptado² sirve de excusa al personaje para no hablar de su vida privada y su pasado, pero, realmente, la obsesión manifiesta por cuidarse de ser observado es algo que arrastra desde sus tiempos en El Salvador. De hecho, fue el Viejo quien le enseñó a encriptar mensajes con técnicas de conspiración aprendidas en el campamento guerrillero. Enseguida descubriremos que mantiene comunicación con este miembro del comando que dirigía en los tiempos de la guerra, mediante mensajes cifrados en su ordenador. La obsesión de Zeledón por la seguridad es tal que no se atreve a abrir estos correos encriptados desde su habitación alquilada, por haber en el edificio un trabajador de los servicios tecnológicos del Merlow College.
16. Aparte de ello, lleva siempre una fusca con su arma, como si temiera que algo pudiera sucederle en cualquier momento de su vida cotidiana, incluso la mantiene con él bajo la almohada mientras duerme. Esos comportamientos anquilosados dan forma a su día a día, en ámbitos que podríamos calificar de estructurantes o normalizadores. Igualmente, cuando visita diferentes habitaciones para alquilar en su nueva ciudad, decide no quedarse con la que realmente le gusta más a causa de una propietaria chismosa, que le hace demasiadas preguntas, y elige optar por la discreción de un casero que «no fue figón» (18). En otro momento, dice estar rompiendo su «primer anillo de seguridad» (76) por dejarse ver delante de las cámaras de seguridad de un club de tiro al que va a disparar, acompañado de una de sus vecinas.
17. Pronto él mismo realizará también trabajos de monitoreo que lo conectan con su pasado en Houston —donde fue vigilante de un estacionamiento— y como guerrillero, cuando custodió a un experto en inteligencia formado por Estados Unidos para la Fuerza Armada (83). Además de su primer trabajo como conductor de autobuses, es contratado por los Servicios Tecnológicos del Merlow College —por recomendación de su vecino, pero también por su apariencia de «hombre con experiencia y olfato» (31)— para revisar los mensajes enviados desde la cuenta institucional por la comunidad hispanohablante y verificar que se cumple el reglamento interno de la institución —«Mi labor consistiría en revisar exclusivamente

2 Como lo confiesa el propio Castellanos Moya, «el hecho de que se mate con tanta facilidad eleva la paranoia de la población, porque uno tiene que estar cuidando todo el tiempo y saber detectar y olfatear situaciones de peligro [...] la paranoia se convierte en un mecanismo de sobrevivencia para evitar ser asesinados, y los personajes que vienen de esos lugares no pueden sino ser paranoicos» (Wallace, 2018).

su correspondencia universitaria» (31)—. De esta forma, en esta parte del relato, quien vigila al salvadoreño es otro salvadoreño. Y a los dos los observa la policía, como queda demostrado en el epílogo, tercera parte de la novela titulada «El tirador oculto».

2. «[...] nadie podía permanecer en su sano juicio³»

18. Aunque la paranoia y el estado de ansiedad en que viven los protagonistas aparezcan como rasgos de personalidad relacionados con su lugar de proveniencia, en realidad las experiencias y características del lugar de destino, a saber, una sociedad de la información y la hipervigilancia, se revelan como elementos exacerbantes del miedo e incluso como detonantes de ese malestar y paranoia.
19. En este sentido, uno de los primeros días en su nueva ciudad, José Zeledón ve en el televisor de un bar la noticia sobre un atentado perpetrado en otra ciudad, en el que un médico militar de origen árabe había disparado a decenas de personas en un cuartel de Texas, matando al menos a doce de ellas (46); su reacción inmediata es imaginarse qué haría si un tirador entrase en el bar en el que se encuentra. El inequívoco gesto de tocarse la cartuchera que lleva en el tobillo habla por sí solo acerca de la respuesta que se da a sí mismo. Luego, en un centro comercial que estaba «a reventar» de gente, siente claustrofobia y tiene otro de sus ataques de paranoia, por lo que va «con el oído atento, con la sensación de que, de un momento a otro, un loco podía comenzar a dispararnos» (95).
20. También, recién comenzadas sus labores de monitoreo de cámaras del centro de la ciudad, sueña con pantallas que le hablan (111). Igualmente, se encuentra con que su vecina —la inquilina que desde el principio le parece «retardada» y de quien «Después sabría su nombre, Julia, y que en efecto algo le faltaba en la mollera» (22)— trabaja en esa misma empresa. La relación entre el control ejercido a través de las pantallas y los efectos adversos que este produciría en la población se hace tanto más explícita en cuanto que se pregunta si Julia «habría sido una persona normal y el empleo la había lesionado» (111), además de que le parece que sus compañeros también tienen un «dejo autista» (108).

3 Castellanos Moya, 2018; 181.

21. Thomas Mathiesen describe la tendencia ascendente a que muchos observen a unos pocos, como contraparte al panóptico de Foucault —esa estructura carcelaria imaginada por en inglés Jeremy Bentham de la que las instituciones se sirven para producir individuos normalizados en una sociedad altamente disciplinada, y que el filósofo francés teoriza para explicar cómo esta estructura puede ser perfectamente aplicada en la actualidad puesto que, según él, el poder intenta instaurar determinados comportamientos en la población partiendo de la idea de estar siempre vigilados—. Según Mathiesen, en nuestra época, el poder y las sociedades ya no funcionan mayoritariamente de manera panóptica sino sinóptica, desarrollando funciones recíprocas entre ambas (Mathiesen, 1997; 219). La sociedad de corte sinóptico también es recogida por Bauman, quien añade que hemos asimilado la necesidad de desconfiar y sospechar, de tal modo que «sólo es concebible una cohabitación sana bajo un dispositivo de vigilancia continua» (Bauman y Lyon, 2013; 111). Y dado que el miedo alimenta el miedo, dicha vigilancia puede incluso volverse adictiva, algo de lo que «una vez acostumbrados no podemos prescindir» (Minton, 2011; 171).
22. Esa sociedad sinóptica de la que hablan los sociólogos encuentra su representación en la ficción, de suerte que Aragón tiene conciencia «de los altos niveles de vigilancia con que a uno lo acosan para que uno no acose [...]» (Castellanos Moya, 2018; 81). Pero esa conciencia no impide que se vea afectado por el control al que se encuentra sometido. En consecuencia, no es extraño que el personaje viva con una permanente sensación de ser perseguido o vigilado, y que la mera presencia de cámaras o de vigilantes altere sus nervios, al comienzo de carácter menos evidente, como un simple exceso de cuidado en ciertos detalles que tienen que ver con su seguridad o su integridad. Por ejemplo, mientras trabaja en los Archivos Nacionales de Washington, donde de tanto en tanto sale a tomar el aire para aliviar la presión que genera en él la vigilancia a la que era sometido en el interior del edificio:

deshacerme por un rato de la sensación de claustrofobia que sufría en el salón de trabajo de la segunda planta, a causa tanto de los vigilantes que se paseaban entre las mesas de trabajo como de las numerosas cámaras en las que de seguro podían detectar cualquier mala intención en el rostro de los investigadores [...] (180).

23. Pero no sólo le preocupan los guardias de seguridad o los instrumentos para ejercer el control. En los Archivos Nacionales el profesor-investigador Aragón se siente incluso como un enemigo entre los empleados:

tantas personas trabajaban ahí cuidando la memoria del imperio, y una vez tomaron asiento padecí de nuevo el síndrome del infiltrado, como si todos los que me rodeaban fuesen enemigos que pudiesen descubrirme en cualquier instante, y quizá lo eran [...] (182).

24. Hasta en la privacidad de su habitación no está libre de la sensación de ser observado: mientras se masturba bajo la ducha se imagina como si él mismo fuese un observador dentro del baño y no puede evitar «echarle una mirada cuidadosa al techo y sus rincones [...]» (181).

25. Para el filósofo Yves Michaud, es violencia «toda maniobra por la cual se actúa sobre alguien —se le hace actuar— en contra de su voluntad haciendo uso de la fuerza o de la intimidación» (Michaud, 2012; 3). Así, aun cuando la vigilancia permite identificar y dar seguimiento a los actores de la violencia y el crimen, resulta también una invasión hacia el espacio privado de los individuos y, como es el caso de nuestros personajes principales, estos ven afectada y modifican su cotidianeidad a causa del sentimiento de ser constantemente observados.

26. La selección de grupos sociales considerados de riesgo —y, por tanto, merecedores de ser vigilados—, también se expone en el relato, en donde presenciaremos cómo los que se sienten vigilados terminarán volviéndose vigilantes como parte de un ciclo de violencia a través de la vigilancia⁴. Y dado que el acto de violentar requiere del acceso que se tenga a las herramientas para ello, dentro de las cuales se encuentra la observación, que es la que permite la identificación, clasificación y monitoreo de quienes serán los objetos de agresión (Giddens, 1991; 149), en la primera parte, pese a que quien vigila e identifica como sujeto de riesgo al salvadoreño es otro salvadoreño, es importante recordar que lo hace con las herramientas y bajo los criterios establecidos para ello por la institución, el Merlow College, a través de los Servicios Tecnológicos. En la segunda parte, el escrutinio es por primera vez evocado en el aeropuerto de «la capital del imperio» y se va a

4 Autores como David Lyon reflexionan sobre el surgimiento de sistemas tecnológicos y sociales (como las cámaras de vigilancia, el reconocimiento biométrico, dispositivos de geolocalización o redes sociales) que en los últimos años han incrementado la capacidad de clasificar a las personas, creando y multiplicando las desigualdades sociales en nuestros días (Lyon, 2003; 19).

intensificar disparando la paranoia del observado en el lugar que resguarda «la memoria documental del imperio» (Castellanos Moya, 2018; 208).

27. Conforme avanzamos en el relato de la segunda parte, se irá incrementando la presencia de la vigilancia en la trama, no ya como una herramienta de control contra toda una sociedad, sino como algo más individual y personalizado, que tiene que ver con el espionaje. Y con él, se vuelven cada vez más acusadas la paranoia y la manía persecutoria que sufre el personaje:

[...] lo que me preocupaba era el hecho de que la vigilancia se me estuviera aplicando con marcaje personal —hombre a hombre, como dirían los comentaristas deportivos— cuando con la tecnología podían seguirme a través de mi celular y con las cámaras que estaban en cada uno de los sitios por los que yo transitaba, un marcaje personal que nunca imaginé se me aplicara en ese sitio, lo que disparó mi paranoia en torno a los motivos de tal vigilancia: si se debía a que yo investigaba sobre Roque Dalton, la razón obvia [...] significaba que el caso del poeta aún no estaba cerrado, pese a que su asesinato había ocurrido treinta y cinco años atrás, y algo temían que yo descubriera, pero también podía tratarse de la investigación rutinaria que se aplicaba a cada nuevo investigador que llegaba a los Archivos Nacionales, en especial si esa persona era extranjero, razonamiento que supuse calmaría un poco mi nervios y que me pareció de una lógica impecable, habida cuenta del clima de paranoia generalizada que padecía un país, contimás su capital política (207).

28. Como decíamos, Aragón muestra desde el inicio una tendencia a la manía persecutoria, por lo que podemos dudar por un momento si no son tal vez imaginaciones suyas. Pero pronto nos vienen a la mente los trabajos relacionados con la vigilancia que realizaba José Zeledón en la primera parte —a quien Denis, el puertorriqueño que le contrató, le había confirmado que otros le daban seguimiento (59)—, y nos damos cuenta de que es perfectamente posible. Teniendo en cuenta además la naturaleza de la investigación que lleva a cabo Aragón, que implica directamente a la CIA y los servicios secretos de diferentes países latinoamericanos, es coherente con el relato que alguien esté vigilando personalmente al profesor.

29. El lector se quedará sin saber si Aragón está siendo realmente espiado o si se trata de su imaginación, a pesar de que todos los elementos muestran que no sería nada descabellado. Pero lo cierto es que el personaje no podrá ya quitarse de la cabeza la idea: «la sensación de ser vigilado no me había dejado en paz desde el encuentro con el trigueño [...] cuando padecí el mencionado ataque, tan angustioso y repentino que sólo pude pensar dónde vaciar las tripas de inmediato» (237).

30. Cuando descubre que el informante de la CIA que denunció a Roque Dalton también lo conocía a él, y conocía su pasado subversivo, la obsesión por su seguridad alcanza los niveles más altos, y decide abandonar inmediatamente su investigación (223). De manera que, tanto en su cabeza como en la del lector, aumentan las posibilidades de que estuviese siendo seguido por los servicios secretos desde el momento en que pidió consultar los documentos desclasificados sobre la muerte del poeta. El personaje tiene la sensación de que todo un dispositivo se ha podido montar a su alrededor, como se montó en su día en torno al caso que estaba investigando.

Releí las páginas en las que había apuntado mis intuiciones sobre los motivos del crimen de Dalton, las arranqué de un tirón de la libreta, las doblé varias veces para convertirlas en un pequeño paquetito y me puse a buscar en la habitación un sitio seguro donde esconderlo, hasta que caí en la cuenta de que quizá me estaban filmando y nada más hacía de nuevo el ridículo, por lo que me metí al cuarto de baño, cerré la puerta, revisé los rincones y entonces di por fin con el escondrijo que estaba buscando (251).

31. Desde este momento también, el pánico que le provocan los ataques de paranoia tiene una consecuencia fisiológica —«cuando padecí el mencionado ataque, tan angustioso y repentino que sólo pude pensar dónde vaciar mis tripas de inmediato» (237), luego «Sentí un intenso frío [...] y también un apretujón en las entrañas, que era puro miedo a secas» (262), y más adelante: «que a veces la mente lo conduce a uno de un miedo a otro miedo, sin el mínimo sosiego» (264)—. Con todo lo sucedido, Washington se ha convertido para el personaje en un espacio altamente hostil, en el que se siente hostigado, vigilado, encerrado, y que por tanto atenta gravemente contra su integridad —«Y estaba contento de poder largarme por fin de una ciudad en la que sólo había ido a sufrir acoso y encierro» (283)—. Como si de un peligro se tratase, Erasmo Aragón sale huyendo de la capital estadounidense de la misma manera que había llegado a ese país huyendo de El Salvador.

3. «Los hechos⁵»

32. Con la misma maestría con que Horacio Castellanos Moya nos había hecho entrar en el mundo ficcional construido en sus novelas anteriores, en *Morongá*, el lector no puede sino adentrarse en el presente de los perso-

5 Castellanos Moya, 2018; 297.

najes, en la confusión de sus pensamientos y en los recuerdos de sus pasados. Esto gracias a las estrategias narrativas y recursos textuales puestos en marcha para imprimirle realismo a la historia, pero no por ello tomando una postura definitiva sobre los temas abordados en la novela.

33. El primer elemento que nos permite apreciar cómo se articula el imaginario con la realidad que la inspira es el nombre de la ciudad donde se desarrolla toda la primera parte del relato. Ciertamente, esta parte se desarrolla en un lugar ficticio, en Merlow City, pero la ubicación de esa ciudad ficticia está bien precisada en la novela, a medio camino entre Mádison y Milwaukee (15), al oeste de Estados Unidos. Es más, el camino de sur a norte que debe recorrer José Zeledón para llegar a la ficticia Merlow City está también bien ilustrado gracias a la mención de referentes espaciales como las ciudades de Dallas, Texarkana, Little Rock, Saint Louis, y los ríos de Arkansas y el Misisipi. Así, aunque el destino es ficticio, el viaje parece muy real.
34. En lo que respecta al lugar de origen, la aparición de nombres como el cerro Guazapa, Cuscatancingo, Apopa, Ayutuxtepeque y la calle Mariona (72) le confieren verosimilitud a los recuerdos de José Zeledón. La segunda parte incrementa ese realismo al situarnos en Washington, en la «capital del imperio» (137). En un viaje que va desde el aeropuerto O'Hare en Chicago al aeropuerto Ronald Reagan.
35. Incluso cuando se trata de los desplazamientos cortos al interior de la trama, el afán de realismo se percibe en las detalladas descripciones de estos. José Zeledón, en su viaje a Chicago para el trabajo que le ha ofrecido el Viejo, llega a Union Station y camina hacia Monroe (67), donde toma la línea azul de tren en dirección a O'Hare, aunque se baja en la estación Damen (68), todas ellas siendo estaciones existentes en Chicago, para encontrar al Viejo en la farmacia Walgreens, que se encuentra a menos de 200 metros de la estación descrita en la ficción. Asimismo, Erasmo Aragón transita entre la estación Silver Spring, Fort Totten y Greenbelt (207) para llegar a los Archivos Nacionales de College Park, donde realiza su investigación sobre el escritor Roque Dalton.
36. Ahí, nuevamente oscilamos entre realidad y ficción, ya que la novela retoma hechos históricos: el asesinato de Dalton a manos de sus propios camaradas y los archivos de la CIA que desvelarían la verdad sobre su no colaboración con la agencia, para basar la investigación de Erasmo Aragón

en unos cables desclasificados que efectivamente se encuentran en los Archivos Nacionales. Si a esto le sumamos la mención de otros trabajos de investigación como el libro *Castro's Secrets* de Brian Latell (1984), el archivo y la historiografía se revelan como soportes para la construcción de la ficción de tal suerte que, según Carlos Ayram:

la novela no solo se atreve a ficcionalizar un archivo, antes bien, la obra como producto literario y semiótico se hibrida con la imaginación para dotar de sentido al archivo como una suerte de ruina semiótica que necesita con urgencia ser reinterpretada, apartada del sospechoso lugar común, colmada de una mirada desacralizadora y socarrona (Ayram, 2019; 18).

37. En última instancia, el epílogo sirve de fuente archivística dentro del propio relato, puesto que se trata de un informe preliminar sobre el tiroteo en que fuera asesinado el agente especial Richard D. Nielsen. Desde las primeras líneas, este dossier policial cobra veracidad al presentarse como una traducción (Castellanos Moya, 2018; 297). Ya no estamos delante de un narrador personaje, sino que esta parte intenta abandonar toda subjetividad por su forma. La narración en tercera persona y la focalización externa se oponen completamente a la de las primeras dos partes y se presenta como un documento oficial objetivo, en aras del esclarecimiento de un crimen (300), y exhaustivo, organizado en una treintena de subpartes.
38. En otro orden de ideas, la música de los 70 servirá como desencadenante de los recuerdos de Erasmo Aragón, articulando con ello realidad y ficción. La mención de bandas como Yes, con la canción «Close to the Edge», enlazan al personaje con la época de conflicto y lo identifican con un movimiento contracultural que finalmente será absorbido por la corriente dominante —«rock progresivo de la década de los setenta en el que yo había permanecido varado, y muy a gusto por cierto» (230)—. En otro momento será el cantautor Tom Waits y su canción «Kentucky avenue», lo que le sume en la nostalgia y el recuerdo de los amigos de su colonia en El Salvador (292).
39. En esa misma línea, la ruptura identitaria que sufren los personajes centroamericanos del relato es de alguna forma análoga a aquellas que viven el nuevo espacio en el que se encuentran. En las ciudades norteamericanas, especialmente en nuestro siglo, los lugares han sufrido una pérdida de identidad, o más acertadamente de la construcción de una nueva a partir de retazos, ahora descontextualizados, de otras identidades lejanas; lo que,

en esencia es consecuencia de la globalización⁶. Así el personaje de Zeledón se moverá por bares y restaurantes con nombres que evocan culturas de todo el mundo, como el Nakamo y el Pollo Campero o de grandes multinacionales cuyo referente es el mismo en cualquier lugar del planeta, como *Starbucks*, *McDonald's*, *Walmart* y *Google*. Si los personajes parecen querer romper con su pasado es también porque al que han llegado es un espacio de la desmemoria.

40. Al final, la investigación sobre Dalton se queda inconclusa, Erasmo Aragón, harto del malestar que le aqueja y se exagera mientras realiza esa labor, decide que con la información ya obtenida bastaba para escribir su reporte sobre la operación de la CIA contra Dalton (273). Castellanos Moya no ofrece respuestas ni posturas sobre el crimen contra el escritor nacional, solo hipótesis mezcladas en la verborrea de Aragón. De todas maneras, los recursos a disposición del investigador tampoco ofrecen respuestas puesto que hay fragmentos tachados, «protegidos de la desclasificación» (222). Así, la incursión historicista de Moya sobre este hecho es una exploración en ese pasado para que este hable por sí mismo, sin ofrecer posturas cerradas ni verdades absolutas.
41. Los referentes que aportan verosimilitud al texto sumergen al lector en la historia que está leyendo, pero también lo hacen cuestionarse sobre su propio mundo, obligándole a encargarse de sacar sus propias conclusiones, de tejer los hilos. Tal cual sucede con el reporte que conforma el epílogo, ya que la primera parte termina sin saber si Zeledón participará en el asesinato que le propone el Viejo, la segunda se detiene tras una llamada a Aragón para citarlo a un interrogatorio sobre la desaparición de Amanda —la niña guatemalteca, hija adoptiva de su anfitrión de Airbnb, que tiene ataques de ira y cuya tía la dio en adopción para protegerla de la pandilla que mató a su madre frente a sus ojos— y será el informe final el que permita al lector establecer las relaciones entre las tres secciones.
42. En conclusión, si la vigilancia es una parte importante de la violencia que se vive y se ejerce en los países de América Latina (Arteaga, 2013; 161),

6 «Note that the older meaning of identity refers both to persons and to things. Both have lost their solidity in modern society, their definiteness and continuity. Identity has become uncertain and problematical not because people no longer occupy fixed social stations —a commonplace explanation that unthinkingly incorporates the modern equation of identity and social role— but because they no longer inhabit a world that exists independently of themselves» (Lasch, 1984; 32).

la ficción nos muestra este fenómeno como omnipresente en la sociedad estadounidense. Así pues, de la misma manera que sucede en Latinoamérica, los sistemas de vigilancia establecen qué grupos se consideran en riesgo y cuáles son peligrosos (Arteaga, 2012; 259-266). Por lo tanto, la vigilancia se experimenta como una forma de agresión en la medida en que determina las áreas que merecen atención y los sistemas que las instituciones deben emplear para controlar los desplazamientos de la población, así sea en detrimento de su intimidad⁷.

43. Tanto Zeledón como Aragón padecen, en mayor o menor medida, manía persecutoria y paranoia, y en mayor o menor medida también manifiestan comportamientos que encuentran su origen en las circunstancias que establece para los personajes el propio relato. Teniendo en cuenta tanto el afán de realismo, o más acertadamente de impresionismo de la narración, y teniendo en cuenta también su correspondencia con la realidad de un referente espacio-temporal que es paralelo al presente del autor, los Estados Unidos y la llamada sociedad de la información, la presencia del tema de la vigilancia en la novela conlleva inevitablemente una reflexión más profunda sobre las condiciones del presente del propio lector. Como ya habíamos observado en otras obras como *Insensatez* (2004), Castellanos Moya parte de un hecho real para construir la ficción. En *Morongá*, gracias al tema de la vigilancia y sus consecuencias en los individuos, que van de la ansiedad, los malestares físicos y llegan hasta la paranoia, se conecta la intrahistoria individual de un personaje con la historia de una época, esa que comparten el emisor, el receptor inmediato y el mensaje.

Bibliografía

ARTEAGA BOTELLO Nelson, «Vigilancia, formas de clasificación social y violencia», in Nelson Arteaga Botello, ed., *Violencia en México: actores, procesos y discursos*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2013, p. 161-189.

- 7 El concepto de seguridad en nuestro tiempo pasa necesariamente por el de vigilancia o televigilancia, cuyos términos son ambivalentes y juegan con una doble moral, con un halo de conveniencia benefactora y con otro de represión y control (Buñuelos, 2019). Otros autores también reflexionan sobre el surgimiento de sistemas tecnológicos y sociales (como las cámaras de vigilancia, el reconocimiento biométrico, dispositivos de geolocalización o redes sociales) que en los últimos años han incrementado la capacidad de clasificar a las personas, creando y multiplicando las desigualdades sociales en nuestros días (Lyon, 2003; 19).

_____, «Surveillance and urban violence in Latin America», in Kirstie Ball, David Lyon and Kevin D. Haggerty, eds., *Routledge handbook of surveillance studies*, London, Routledge, 2012, p.259-266.

AYRAM Carlos, «No hay nada más peligroso que el archivo. Figuraciones archivísticas y paranoicas en *Insensatez* (2004) y *Morongá* (2018) de Horacio Castellanos Moya», in *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, 3, 2019, p.15-28.

AZAOLA Elena, «La violencia de hoy, las violencias de siempre», in *Desacatos* 40, 2012, p.13-32, p.17.

BAUMAN Zygmunt, *Modernidad líquida* (trad. de M. Rosenberg), FCE, Buenos Aires, 2002.

BAUMAN Zygmunt, LYON David, *Vigilancia líquida*, Barcelona, Paidós, 2013.

BORDES-BENAYOUN Chantal, «L'exil, figure littéraire, figure sociologique», in *Les diasporas dans le monde contemporain*, Karthala—MSHA, París, 2006, p.189-193, p.189.

BUÑUELOS Jacob, «Videovigilancia en la Sociedad Panóptica Contemporánea», in *Razón y Palabra*. <http://www.razonypalabra.org.mx/antecedentes/n31/jbanuelos.html>

CASTELLANOS MOYA Horacio, *Morongá*, Barcelona, Penguin Random House, 2018.

CHIVALLON Christine, BERTHOMIÈRE William, *Les diasporas dans le monde contemporain*, Karthala—MSHA, 2006, p.33.

DALTON Roque, «El gran despecho», *Taberna y otros lugares*, Tenerife, Baile del sol, 2006.

FOUCAULT Michel, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI, 1990.

_____, «El ojo del poder», *Jeremías Bentham. El Panóptico*. Barcelona, Ed. La Piqueta, 1980.

GIDDENS Anthony, *Modernity and self-identity: self and society in the late Modern Age*, Cambridge, Polity Press, 1991.

GIMÉNEZ Gilberto, *Culturas e identidades, Revista mexicana de sociología*, vol. 66, n^oI, 2004, p.22.

HABERMAS Jürgen, *Teoría de la Acción Comunicativa, tomo II*, Madrid, Ed, Taurus, 1992, p.146.

JUÁREZ AVILA Jorge, «El despliegue de las memorias: el peso del pasado reciente en El Salvador», in Lourenzo Fernández Prieto, ed., *Memoria de guerra y cultura de paz en el siglo XX: de España a América, debates para una historiografía*, Trea, Gijón, 2012, p.122-128.

LASCH Christopher, *The Minimal Self: Psychic Survival in Troubled Times*, New York, W.W. Norton & Company, 1984.

LYON David (ed.), *Surveillance as social sorting: Privacy, risk, and digital discrimination*, Psychology Press, 2003.

MALDONADO Carlos S., «El Salvador anula la conmemoración de los acuerdos de paz que pusieron fin al conflicto armado», in *El País*. <https://tinyurl.com/y22vkt7k>

MATHIESEN Thomas, «The viewer society: Michel Foucault's 'Panopticon' revisited », in *Theoretical Criminology*, 1/2, 1997, p.215-234.

MATTELART Armand, *Historia de la Sociedad de la Información*, Barcelona, Paidós, 2002.

MENÉNDEZ LEAL Eduardo, «La verdad, la justicia y la reparación a las víctimas del conflicto armado interno: tres tareas pendientes del Estado salvadoreño», in Lourenzo Fernández Prieto (ed.), *Memoria de guerra y cultura de paz en el siglo XX: de España a América, debates para una historiografía*, Trea, 2012, p.192-196.

MICHAUD Yves, *La violence*, Paris, Presses universitaires de France, 2012.

MINTON Anna, *Ground Control: Fear and Happiness in the Twenty-First Century City*, Londres, Penguin, 2011.

C. PANAMEÑO, «Lo descubrí mirándome de nuevo»...»

SÁENZ LEANDRO Ronald, «*Morongá*» (2018), de Horacio Castellanos Moya» (Reseña), *Mitologías hoy*, n°17, 2018, p.345-349. <https://revistes.uab.cat/mitologies/article/view/v17-saenz>

WALLACE Arturo, «Horacio Castellanos Moya, escritor salvadoreño: ‘Los centroamericanos no son Estados fallidos, son Estados tullidos’», *BBC News Mundo*, 22 mai 2018, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-44154694>